

16 La puerta tenía un llamador dorado con la cabeza de un dragón que mojaba la lengua en un tintero. No había más remedio que reconocer la originalidad de la invención, y preguntarse qué clase de cosas pensaría escribir con la lengua aquel dragón de oro.

O qué clase de ideas ocupaban el cráneo del dueño de la casa. Acostumbrado a vérselas con toda clase de excéntricos, Jorge Riesco cogió por la cabeza el animal heráldico y golpeó su mandíbula contra la base del llamador.

Se oyeron los ladridos de un perro lobo, y un instante después una voz preguntó:

—¿Quién perturba la hora de la siesta?

Después de la magia de las imágenes, la de las palabras, pensó Riesco. No concedió más tiempo a las ensañaciones:

—Policía —dijo.

Hubo un instante de silencio, el silencio perplejo que siempre sucedía a la palabra mágica, y la puerta se abrió.

En el umbral apareció un hombre de edad avanzada, recortado contra una luz tan oscura que apenas podía

llamarse luz. Era obvio que acababa de levantarse de la cama, aunque el brillo de su rostro delataba que había pasado por el baño, ya que no para lavarse la cara, al menos para hacer una ablución de emergencia.

—¿Señor Molina? —preguntó Riesco.

—Sí.

Bien. Había empleado un término. Era mejor que cero.

—Policía.

—Eso ya lo había dicho.

Riesco consideró la posibilidad de darle dos tortazos y de tenerlo por faltar al respeto a la autoridad, pero se contuvo.

17

—¿Es usted el sacristán de la iglesia?

—Sí.

—He venido por lo del robo.

—¿No se ocupa de eso la Guardia Civil?

El policía sintió que empezaba a hartarse.

—Vaya a buscar las llaves y abra la iglesia —ordenó secamente.

El viejo captó el tono de la respuesta y se retiró al interior de la casa refunfuñando expresiones ininteligibles, pero sin replicar. Regresó con un manojó de llaves que parecía sacado de una película de piratas.

—Acompáñeme —dijo.

Caminaron en medio del calor y el silencio. El policía se preguntó dónde estaría el perro que había ladrado, antes de decidir que no todo lo que pasaba a su alrededor tenía por qué interesarle.

El templo al que se dirigían era una edificación de piedra, de no mucha altura, que podría haber sido construida

a finales del siglo xvii. Estaba rematada por varios cimborrios cubiertos de pizarra, y junto a ella se alzaba un campanario de ladrillo con un chapitel negro en lo alto.

La fachada apenas tenía adornos. Al llegar a la puercecita de madera recortada en el gran portón principal, el sacristán eligió una de las viejas llaves y la hizo girar con estruendo en la más que oxidada cerradura.

Una bocanada de aire frío, que el policía aceptó agradecido, en medio del calor reinante, salió de la nave.

18 La iglesia era bastante luminosa. Construida en una época de vitrales y cúpulas, había muchos vanos por donde la luz pudiera entrar, y Riesco no esperó a que el sacristán le indicara nada para avanzar por la nave central hasta el altar mayor.

Al pie del primer escalón, se detuvo y dobló la rodilla.

No pretendía rezar, precisamente. Sobre las baldosas del altar, desparramadas de manera aleatoria a primera vista, había unos viejos grabados policromados que representaban distintas escenas de la Danza de la Muerte. Un montón de esqueletos armados de trompetas y timbales, llamando, en apariencia, al Juicio Final. Una Muerte vestida de bufón arrastrando a un grupo de mujeres. Una Muerte arrancando la corona a un rey. Entre otras.

—Una misa negra —dijo el sacristán, en tono misterioso.

Riesco alzó la mirada un momento. No has visto en tu vida una misa negra, pensó.

Él sí había visto una, hacía tres años. Sangre de cerdo, hostias pisoteadas, rituales violentos. No, aquello nada tenía que ver con una misa negra.



—Digo yo que habrá hablado con el señor cura, ¿no?

—Tengo permiso del obispo —respondió Riesco sin levantar la vista.

—Es que yo no quiero líos, ¿eh? A ver si...

—Cállese de una vez —ordenó el policía.

Se incorporó. La puerta de la sacristía estaba abierta. Según el informe preliminar, el robo había tenido lugar allí. Habían robado libros de gran valor y otros documentos no clasificados. Como solía ocurrir en iglesias y otros edificios antiguos, los propietarios no sabían ni lo que tenían.

19

Los grabados caídos por el suelo eran parte de uno de esos libros. Grabados valiosos, cuya presencia sobre el altar daba testimonio, o de una huida apresurada, o de un desconocimiento de ese valor. Se volvió de nuevo al sacristán.

—Seguro que no han tocado nada, ¿no?

—Y dale —protestó el viejo—. La misma historia que la Guardia Civil. Le digo que abrí la iglesia, vi todo esto tirado y la sacristía abierta y llamé al cuartelillo. Ya no sé cómo hay que decírselo.

El escenario de la sacristía era el habitual en esos casos. Cajones sacados de sus rieles, vestiduras litúrgicas revueltas por el suelo, papeles dispersos. Al fondo, el armario del que habían cogido los libros.

Un armario de puertas de cristal, con una simple llave de latón.

Dentro apenas habían dejado nada. Consciente de que sus compañeros de la Guardia Civil ya habían hecho el análisis de huellas dactilares sin resultado alguno,

Riesco hojeó los pocos volúmenes abandonados para ver si había entre las páginas cualquier objeto digno de mención. No fue así.

Ya salía cuando vio algo brillar en el suelo.

Se agachó. Junto al armario relucían los restos de una fresa espachurrada. Estaba aplastada en sus dos terceras partes, pero un fragmento aún conservaba el abombamiento y el brillo de la fruta.

20 Estaba claro que se había desprendido de la suela de un zapato. Con el ceño fruncido, Riesco desanduvo el camino hacia la puerta abierta.

—¿Puedo cerrar ya?

Riesco no le hizo caso. En vez de responder a la pregunta, preguntó a su vez:

—¿Cuántas salidas tiene la iglesia?

El viejo cerró la sacristía de un portazo, como para hacer ver que no le habían contestado.

—Tres. Por donde hemos entrado, y una puerta pequeña a cada lado de la nave central.

—Ábralas.

—¿No puede salir por donde hemos entrado?

Esta vez, la mirada de Riesco fue suficiente para que el viejo dejara de discutir.

La primera puerta daba a una calle lateral, y el policía la cerró nada más abrirla, no sin provocar nuevos refunfuños del sacristán.

La otra daba a un campo. Un campo verde de plantas bajas, alineadas por la mano del hombre.

—¿Qué cultivo es ese? —preguntó el policía.



—Qué cultivo va a ser —respondió el sacristán—. Fresas. Todos los pueblos de esta comarca se dedican a la fresa.

Riesco asintió apenas. Se agachó a examinar la cerradura.

—¿Esta puerta se abre con frecuencia? —preguntó.

—Más bien no se abre nunca —fue la cortante respuesta.

Pues la han abierto hace poco, pensó Riesco, pasando el pulgar por las muescas que rodeaban la cerradura. Y con una ganzúa de buen tamaño.

Sin decir palabra, caminó en línea recta hacia el campo de fresas. Podía haber elegido cualquiera de los surcos del sembrado, así que optó sencillamente por el más lógico: el que llevaba hasta la puerta.

Las plantas más cercanas habían sido pisoteadas. Había muchas pisadas en el suelo. Se sintió observado por el sacristán mientras caminaba encorvado entre ellas, buscando con los ojos a derecha e izquierda. Se detuvo un momento a quitarse la chaqueta. Hacía calor.

—¿Quiere que le ayude? —llegó la voz del viejo.

Quiero que te calles, pensó Riesco, pero se abstuvo de formularlo. Siguió husmeando como un perro de caza entre las fresas, comprobando mentalmente que las pisadas eran de varias personas, al menos una de ellas calzada con zapatillas deportivas, cuyas características rayas en la suela se dibujaban perfectamente en la tierra blanda de los sembrados. Habían salido corriendo, a juzgar por la forma en que las huellas marcaban más la puntera que

los talones, lo que confirmaba la primera impresión de que los grabados tirados en el altar mayor no habían sido dispuestos para indicar nada, sino perdidos en una carrera.

Habían salido corriendo como novatos, pensó Riesco, consciente de que estaba adelantando demasiado en la deducción y de que eso siempre conducía a error, pero sin poder evitar pensarlo. Escapar a través de un sembrado, sin pensar en que era precisamente el sitio en el que podían dejar rastros. Era tan absurdo que a la Guardia Civil ni siquiera se le había ocurrido. Habían hecho un informe somero y pasado la información a su brigada de patrimonio, que había pedido la colaboración de la central debido a la proximidad a Madrid. Era más que probable que los objetos sustraídos se encontrasen ya en la capital.

Tenía que pedir un informe de las huellas, para tener datos exactos del número de ladrones y de su talla de calzado. Quedaban pocos metros hasta la carretera, donde sin duda los ladrones habrían tenido un coche esperando. Las huellas terminarían inevitablemente allí. Se volvió a mirar el sendero que había recorrido con todo cuidado.

El viejo estaba detrás de él.

—¡Pero qué hace! —exclamó.

—¿Cómo que qué hago?

En su afán de no perder ripio de lo que hacía, el sacristán le había seguido en línea recta, pisoteando todo el rastro encontrado. Riesco sintió que se le subía la sangre a la cabeza.

—¡Márchese de aquí! ¡Vuelva a su casa, quítese de mi vista!